

A black and white close-up portrait of a man with a shaved head and a grey beard. He has his eyes closed and his hands are pressed against his cheeks, framing his face. The lighting is dramatic, highlighting the texture of his skin and the details of his beard. The background is dark and out of focus.

ALEJANDRO PALOMAS

ESTO  
NO SE DICE

DESTINO

Alejandro Palomas

Esto no se dice

© Alejandro Palomas, 2022

© de la novela gráfica: Claudio Stassi, 2022

Michael Ende, *La historia interminable*, © 2004, Thieneman Verlag (Thieneman Verlag), Stuttgart / Wien

Licencia editorial de Penguin Random House Grupo Editorial S. A. U.

El poema «Una flor» pertenece al poemario *Una flor*, publicado por la editorial Letraversal en 2020.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-233-6209-7

Depósito legal: B. 14.423-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## UN NIÑO

Podría ser el título de una de mis novelas —de hecho, casi lo fue— y estaría bien así, como en su día ocurrió con *Una madre*. Quienes conocen mi obra saben que podría hablar de mi madre en cualquiera de sus múltiples versiones y creo que todas serían igual de válidas, aunque a estas alturas no sé si alcanzaría a hacerle justicia con alguna. Intentaré referirme a ella únicamente lo indispensable, aunque costará. Su figura es esencial no solo en lo que soy —y en quién soy— ahora, sino también en el hecho de que el niño que sigue respirando, o lo que queda de él en mí, esté ahora aquí, con vida, hablando de un pasado porque lo tiene. No miento ni exagero si digo que sin mi madre yo no habría sobrevivido. No habría tenido la fuerza, el empuje ni la motivación suficientes para vivir los años que lo he hecho. Dicho de otro modo: sin su presencia en el mundo, yo me habría quitado la vida hace mucho tiempo. Es así y así lo digo, aunque sé lo que eso provoca en quien lo oye o, en este caso, en quien lo lee. A estas alturas, adornarlo no serviría de nada y yo no he llegado hasta aquí para adornar la verdad, más aún cuando mi madre y yo hablamos de ello en más de una ocasión, la última hace apenas dos años.

Ahora que desgraciadamente ya no está conmigo, a veces —muchas más de las que quisiera— recuerdo esas conversaciones que no he vuelto a tener con nadie sobre lo que para ella era la vida y cuánto valoraba la mía por lo que era. Durante el tiempo que nos tuvimos el uno al otro, mi madre me ayudó a flotar en unas aguas que se enlodaron irremediablemente la tarde de marzo de 1976 en que me abracé a ella en la cocina de casa y, temblando de miedo, le confesé que hacía un año que un hermano del colegio abusaba sistemáticamente de mí. «Me hace daño», eso fue lo que dije. Ahora, mientras escribo estas líneas, de vez en cuando levanto la vista hacia la ventana y veo las encinas y los robles que envuelven mi casa y oigo una voz triste que es la versión niña de la mía y que repite incrédula, como un eco de pena: «Yo tenía una madre, yo tenía una madre, yo tenía una madre...», y garabateo el cálculo de su ausencia en mi libreta como lo hago desde el día que murió. La suma es siempre la misma: la tuve durante cincuenta y tres años, cuarenta y tres días y trece horas. A eso hay que añadir los nueve meses que la habité y que fue solo mía desde dentro, días y noches de intimidad total en que, enroscado en su interior, mi mirada se elevaba hacia lo alto y lo que veía era un firmamento de venas, arterias y palpitar que no he dejado de ver y oír desde entonces en el cielo que ahora corona este rincón de mundo en el que vivo retirado.

Lo he dicho en varias de mis novelas, lo digo porque estoy convencido de ello y porque es algo que aprendí no solo de mi madre, sino también de mi abuela, su madre: somos lo que somos porque hemos sido muchos otros antes. Por eso, juzgar a alguien por lo que vemos en él o en ella es un error seguro y yo intento no hacerlo desde que lo entendí. No sabemos qué

niño vivió y sigue viviendo en el adulto con el que tratamos. Ese adulto es el resultado de muchas sumas y muchas restas que no justifican nada, pero que sí explican mucho. Somos esa suma: lo que fuimos y lo que decidimos no ser, nuestras decisiones y nuestras renunciadas. Ese planeta somos.

En cuanto a mí, soy el menor de tres, y el único hombre. Jandro, así me llamaba mi madre. Hasta el final. Desde que ella murió soy solo Jandro para quienes quedamos, únicamente para «las de sangre» —las mujeres de la familia—, ya para nadie más. Mi padre, que después de quince años desaparecido de nuestras vidas murió lejos de nosotros siete días antes que mi madre, me llamaba Alejandro, y en las frecuentes ocasiones en que su humor conmigo no era bueno, me convertía en «Tú» —«Tú, ¿a qué hora tienes clase mañana?», «Tú, venga, arriba, que toca levantarse», «Tú, tú, tú...»—. Jandro y Tú. Desde que tengo uso de memoria, y lo tengo desde temprano porque resulté ser un niño muy precoz, fui un planeta partido en dos: «Jandro» —mi madre— y «Tú» —mi padre—, dos mitades de un único todo que han tardado una vida entera en volver a encontrarse y que, cuando por fin lo han hecho, se han reconocido a tientas, no siempre casando bien.

Hasta hace apenas un par de años, siempre que mis hermanas y yo hablábamos de nuestra infancia, ellas se sorprendían cuando yo les decía que no recordaba esos años como felices. «Al contrario: para mí fue la época más triste y penosa de todas.» A ellas les extrañaba que su recuerdo y el mío fueran tan diametralmente distintos. ¿Por qué? ¿Cómo podía ser que una época en la que compartimos tanto y tan de cerca —la mediana es dos años mayor que yo y la mayor, cuatro— ofreciera dos lecturas tan contrapuestas? Es más, ellas no conservaban

en el recuerdo una imagen de mí como la de un niño infeliz. Más bien al contrario.

Sin embargo, desde hace unos meses —tras mi confesión pública sobre los abusos y las agresiones sexuales que sufrí durante ese tiempo y los años de acoso escolar, previos y posteriores— la pregunta ha encontrado su respuesta. Y no es que mis hermanas no estuvieran al corriente de lo que ocurrió. Sabían, sí, pero desconocían la magnitud real de los hechos, porque yo nunca me había atrevido a detallarlos con ellas y porque, desde el día en que mis padres los denunciaron en el colegio, el asunto no volvió a mencionarse en casa. Mis hermanas no quedaron incluidas en la ecuación del horror. Supieron, el titular sí las alcanzó, pero eran demasiado pequeñas. Es más, el día que relaté en mi primera entrevista algunas de las escenas más duras de lo ocurrido durante el año de abusos en manos del Hermano de La Salle, ellas lo oyeron por primera vez. Curiosamente, me resultó más fácil que lo supieran así, al mismo tiempo que lo compartía con el país entero, que tener que sentarme con ellas a una mesa, los tres solos, y contárselo en la intimidad.

La intimidad entre nosotros tres llegó poco después, una tarde extrañamente cálida de marzo. Era domingo y habíamos comido juntos en casa, aprovechando una temperatura de falsa primavera que templaba el campo. Ellas estaban aún instaladas en la estela del estado de shock que había traído consigo mi confesión y yo seguía entre avergonzado e incómodo después de haber hablado, porque compartir algo así con los tuyos es desnudarte del todo. De algún modo, como ya me había ocurrido de niño con mi madre cuando decidí sincerarme con ella, había vuelto a enfrentarme al temor de que la verdad —esa verdad tan fea— llevara consigo perder lo poco que me

quedaba: que quienes más importan te rechacen por estar sucio, por haberte convertido en un hijo, en un hermano no querido. Esa conversación entre hermanos es el germen de lo que contienen estas páginas. Fue una tarde entera sentados delante de la chimenea, ellas escuchando, yo vaciándome de verdades que se consumían en el fuego como los leños con los que la mediana iba alimentando un calor que no lograba caldear del todo el salón. Recuerdo que, cuando terminé de contar los detalles de aquel año de abusos y violencia sufrida en el colegio, nos quedamos en silencio. Fuera llovía y la oscuridad había caído sobre la casa como una opaca campana de cristal. Los perros dormían. Aparte del crepitar del fuego, no se oía nada. Tras un par de minutos sin hablar, la mayor rompió la quietud encendiéndose un cigarrillo. Despacio, como si estuviera masticando lo que no se atrevía a decir, dejó la caja de cerillas sobre la mesita.

—Menos mal que mamá ya no está —dijo con la voz llena de aire antes de expulsar un chorro de humo hacia el fuego—. Has hecho bien en esperar y ahorrarle todo esto.

Hubo otro silencio, este más corto.

—No es todo —dije.

La mediana, que acababa de arrodillarse delante de la chimenea, se volvió con las pinzas en la mano.

—Lo que os he contado no es todo —aclaré.

Volvió el silencio. Esta vez fue un minúsculo hueco de palabras que los tres conocemos bien porque lo compartimos desde que éramos niños. Es parte de nuestro léxico familiar, ese complejo mapa de voces, miradas y, sobre todo, de esperas mudas en las que nos reconocemos como parte de un mismo nido. Migas de pan seco que, bien o mal, hemos ido dejando



caer en el camino a lo largo de los años para no perdernos. El silencio que se hizo en el salón fue idéntico al que, siendo todavía muy pequeños —yo debía de tener poco más de diez años—, nos cubrió de ceniza el día que mi madre nos anunció que se marchaba de casa.

—En cuanto pueda vendréis conmigo, no os preocupéis —intentó tranquilizarnos con un hilo de aire en la voz. Merendábamos en la cocina. Su anuncio quedó prendido del fluorescente como una telaraña. No hablamos—. De momento me instalaré en casa de tía Ana hasta que me organice. Ya la he llamado y me ha dicho que puedo quedarme el tiempo que quiera. A los abuelos todavía no les he comentado nada. Mejor esperar a cuando esté allí.

El silencio que nos cubrió esa tarde con mamá fue uno de los muchos que empantanarían la cocina de casa durante nuestra infancia, sepultados en ceniza: raspaba y quemaba, tiñéndonos de negro en un duelo que yo tardé en comprender. De nuevo, mamá se iba de casa porque papá «había vuelto a hacerlo». Eso no lo supe entonces, sino un par de días más tarde, cuando, en un ataque de rabia que no esperábamos mientras lavábamos los platos de la comida, la mayor nos lo escupió con una mueca de asco, como si de pronto hubiera visto una cucaracha subiendo por la pared.

—Papá ha vuelto a hacerlo —dijo, y yo no me atreví a preguntar qué era lo que había hecho.

Si mamá se iba y nos dejaba, seguro que era porque lo que papá le hacía era demasiado malo. Yo no quería saber el porqué sino el hasta cuándo. Mamá ya se había marchado alguna vez antes, conatos de separación que nunca salieron bien porque quien traía el dinero a casa era él y porque papá termina-

ba convenciéndola de que nunca más, de que cambiaría, de que una familia bien merecía una nueva oportunidad.

Durante esas ausencias de mamá, nosotros esperábamos el milagro, cada uno encubierto por su propia angustia, hablando poco para no conjurar lo peor. Como esos, han sido muchos los silencios que a lo largo de nuestra biografía en común hemos construido entre los tres: capas y capas de tela fina y elástica hilada a seis manos que ahora nos unen tanto o más que lo que hacemos o decimos.

«Los niños hablan, sobre todo cuando no hablan.» Eso decía mi abuela. Nosotros, los tres, aprendimos a callar lo importante desde muy pequeños. ¿Y qué era lo importante? Lo importante era no perder a mamá, no perderla de vista, que no se fuera lejos. Lo demás era lo demás. Si la perdíamos, solo quedaría papá. Sin mamá, todo se volvía oscuro, desaparecía la red sobre la que saltar.

En el salón, junto a la chimenea, la mediana y la mayor esperaban muy quietas, preparadas para escuchar.

—¿Os acordáis del verano que me abrí la cabeza en la piscina de los abuelos y a papá se le ocurrió llamar a tía Mercedes para que viniera a cuidarnos? —empecé.

La mediana se quedó pensativa, intentando recuperar alguna imagen. La mayor asintió enseguida.

—Sí, fue en agosto, creo —dijo. Y, mirando a la mediana, prosiguió—: No te acordarás, porque mamá y tú os habíais ido con los abuelos a la casa de la montaña.

Asentí.

—¿Y? —preguntó la mediana.

—Ay, la pesada de tía Mercedes, que me llevaba todos los días con ella a la playa —intervino la mayor—. Enseguida me

echaba fuera de la sombrilla y me decía: «Así, tiéndete fuera de la sombrilla. Que te dé el sol, a ver si te vas a quedar tan blanquita como tu madre».

La mediana nos miró con cara de no entender e hizo un gesto con los hombros, encogiéndolos un poco, como queriendo decir: «¿Esto yo tenía que saberlo?».

—Qué calor hacía en verano en esa casa, sobre todo por las tardes —dijo enseguida—. Y la humedad...

La mayor y yo nos miramos.

—Tía Mercedes odiaba a mamá —respondí, mirando a la mayor—. Siempre se burlaba de ella por lo blanca que era. Y por lo poco que veía.

—Se burlaba de ella por todo —replicó la mayor—. Y papá también. O peor, se avergonzaba de ella.

Un nuevo silencio.

—Menos mal que yo me libré ese verano, porque si no seguro que me acordaría —insistió la mediana, que volvía a estar pendiente del fuego—. ¿Os acordáis de los sillones blancos de flores que eran como de... pana, con esos botones duros que se te clavaban en la espalda? ¿Y el calor que daban y lo que picaban? ¿Y del puf de escay amarillo que un día se rompió y lo llenó todo de bolitas blancas?

Durante unos minutos hablamos de lo que éramos en aquel entonces: del puf, de Jerónimo, el canario naranja con su jaula blanca como de *Las mil y una noches*, del toldo de flores que había que correr sí o sí porque papá decía que no quería que nos vieran desde la calle... Volvimos a esos veranos y rehabitamos el salón, pequeños los tres, dando vida desde el futuro a esos veranos con olor a mar y al cloro de las piscinas que impregnaba el aire desde las urbanizaciones de los vera-

neantes. La piel blanca de mamá debería haberse defendido de aquella luz y de aquel sol si alguien hubiera velado por ella. Si papá la hubiese querido bien. Esa piel tan blanca, casi transparente..., la misma que la mató hace ya un año.

—¿Y a qué viene lo de ese verano ahora? —preguntó la mediana, confundida, mientras se sentaba en la butaca y se servía un vaso de leche. En ese momento, la corteza de un leño de pino todavía húmedo lanzó un arco de chispas rojas desde la chimenea que cayeron en el suelo a nuestros pies. Ella cambió de postura y se encogió encima de la butaca, abrazándose las rodillas—. Papá era tan suyo... —empezó, pero la frase quedó truncada justo allí, embarrancada contra sus puntos suspensivos.

—No —la cortó la mayor—. Papá no era tan suyo. —Eché una bocanada de humo del cigarrillo hacia el fuego, avivándolo de pronto. Durante un par de segundos fue como si nos hubiera iluminado un faro rojo—. Papá era horrible.

En ese instante, desde la chimenea saltó un nuevo trozo de corteza y Trufa, la perrita que fue de mamá y que ahora compartimos los tres, ladró asustada desde su cama, se levantó de un brinco y se perdió en la oscuridad del pasillo. Me acordé entonces de la cara de papá y volví a reconstruirlo tal como era en esa época, a él y también lo que pasó durante esos días de agosto en casa. ¿Por qué mamá y la mediana se habían marchado de vacaciones con los abuelos, dejándonos a la mayor y a mí con él y con tía Mercedes?

Recuperé a mamá y la imaginé otra vez bajando del autobús con el que la mediana y ella volvieron de casa de los abuelos, renovadas las dos, feliz ella —o eso fue lo que creo que me pareció— de estar en casa de nuevo, y me alegré tanto de verla

así, de regreso, de saber que la extraña convivencia con papá y con tía Mercedes había terminado, que me prometí que nunca sabría nada de lo que había sucedido esos días en casa.

Nunca se lo dije.

Ni a ella ni a nadie.

Cuarenta y cinco años más tarde, arrebuada en el sofá, la mayor apagó el cigarrillo en el cenicero y se sirvió un vaso de zumo. Fuera había caído la noche temprana de marzo. En el silencio que siguió, la mediana se frotó los pies, violentada por la espera, disimulando tensión.

—¿Entonces? —preguntó la mayor, mirándome—. ¿Qué es lo que te faltaba por contar?

Estuve a punto de decirle que nada, que en el fondo era una tontería y que ya casi ni me acordaba, como seguramente lo habría hecho con mamá. En ese momento me arrepentí de haber lanzado esa primera bengala y estuve tentado de inventarme algo sobre la marcha para evitar lo que estaba por venir. A fin de cuentas, después de todo lo que habíamos pasado, para qué más daño. Sin embargo, viéndolas así —viéndonos así a los tres—, entendí que ya no había vuelta atrás. Y pensé también que de algún modo nos lo merecíamos, ellas y yo. Nos merecíamos la verdad, aunque llegara así, tarde, quizá demasiado.

Querían saber. La mayor y la mediana querían tener entre las manos esa pieza del rompecabezas que les faltaba por conocer y que, intuían, iba a rellenar uno de nuestros silencios familiares con información necesaria.

—Cuenta —insistió la mayor. En la butaca, la mediana dejó de frotarse los pies y me miró, atenta.

Contar, eso fue lo que hice.

Eso es lo que hago.